



Isaías Lerner

(Buenos Aires, 13 de marzo de 1932 – Nueva York, 8 de enero de 2013)

por Giuseppe Grilli

Nadie puede afirmar que los ochenta años de Isaías Lerner hayan transcurrido sin pena ni gloria. Ni – antes al contrario – que correspondieran únicamente a los de un ilustre filólogo, y aún menos a los de un representante destacado de la profesión. Lerner tal vez haya sido también un gran profesional que a lo largo de su vida completara todas las etapas de una experiencia académica acreditada. En efecto, fue un alumno brillante de grandes maestros, y gozó especialmente de su inolvidable presencia no sólo en su currículo sino también en su proyección vital. Isaías Lerner contó entre sus modelos con personalidades como Ana María Barrenechea y María Rosa Lida, y participó de un contexto donde resonaba la palabra de Jorge Luis Borges. Posteriormente, pudo colaborar con destacados colegas, como Marcos A. Morínigo y Celina Sabor de Cortázar. Con ella, además, preparó la edición del *Quijote* publicada por Eudeba (la edición americana por excelencia), que le hizo nombrado y venerado por hacer gala del rigor filológico y por ofrecer un comentario esencial, que regala al lector el admirado y admirable texto cervantino con toda la ayuda necesaria y ninguna exhibición suplementaria o, peor, inoportuna o molesta. En verdad, estos méritos no le pertenecen del todo: son regalos del azar y de las circunstancias, como diría Bioy Casares en la *Invencción de Morel*, un relato que considero perfectamente congenial a Lerner, o por lo menos, a mi Isaías. Porque a Lerner le tocó la suerte de ser partícipe de una etapa significativa, si bien breve como siempre lo es la vida, donde todavía se participaba de ese *bonheur* intelectual que emanaba del Instituto de Filología de Buenos Aires, cuya notoriedad se sintetiza y a la vez se evoca con el nombre y apellido



de Amado Alonso. Más adelante, dio comienzo a otra larga estancia en Estados Unidos, con no pocas migraciones a Europa, sobre todo a las ciudades que amaba y compartía: Madrid y París. Dos ciudades adonde viajó a menudo con su esposa y antigua alumna Lía Schwartz, y donde residía su hija. Allí nos encontramos durante un tiempo, hablando de su Bettina y de mi Guglielmina, ora en París, ora en Madrid. Y efectivamente fue con Guglielmina con quien nos vimos la última vez cenando en su casa en Manhattan, una noche de muy pocos años atrás.

De Lerner cabe decir que fue todo un señor. Esto tampoco se debe a una elección personal. Pudo ser un gentilhombre porque vino de un mundo que desaparecía rápidamente. De una Argentina donde el peronismo no había llegado a ocuparlo todo, desde la derecha extrema al centro, o a la izquierda, como hoy ocurre. Donde de la dictadura uno (él) podía escaparse, a un campus, de la University of Illinois (en Urbana-Champaign), donde se doctoró y enseñó; un lugar que todavía mantenía una memoria ilustre cuando Lerner allí residía y donde se respiraba un estilo intelectual que en cambio, pocos años más tarde yo apenas llegué a adivinar

Haber conocido a Isaías Lerner ha sido un gran privilegio, también por haber podido así percibir el eco vivo de aquel mundo que se le iba de las manos y cuya huida él respetaba y soportaba sin despecho y sin resignación, si fuera la síntesis posible. Fue gracias a él, con él, que llegué a comprender el sentido profundo de la efímera primavera hispánica, aquel sueño imposible que representó el Centro de Estudios Históricos, lirio cortado por la barbarie de 1936. Muchos otros privilegios he tenido la fortuna de beneficiar, de los que ahora considero inútil dejar memoria o recuerdo: son regalos también de las circunstancias más que de una opción personal.

Pero no tendría sentido articular estas palabras de contexto si no permanecieran detrás y en la posteridad los textos de Lerner, sus libros y sus finos y esmerados artículos, género en el que destacó no menos que en la labor de editor. Ya he apuntado que Isaías Lerner fue un editor peculiar cuyo rigor de *scholar* (jamás «tramposo», como acusaba en sus raros momentos polémicos) nunca se dejaba arrastrar por la autocomplacencia. No en vano, mi intención aquí es remarcar algo bien diferente: su elección – esa sí, personal – dedicada a unos autores y temas que le caracterizan e individualizan en un panorama donde el escolasticismo acaba por triunfar sobre la inteligencia y, por consiguiente, sobre la inteligencia de los textos. Ercilla, Mexía y, por supuesto, Cervantes. Tres grandes heterodoxos. Y tres opciones de ir *plus ultra*. Ercilla, quien logró dar una respuesta aceptada y aceptable a todo un mundo humano y literario de rutas antárticas (pensemos en *Armas antárticas* de Juan de Miramontes), a las cuales el mismo Lope no supo resistirse en sus andanzas siempre peregrinas, como en la *Dragontea*. De Mexía persiguió las dos obras más personales (raras, al estilo de *Los Raros* de Rubén Darío o de Pere Gimferrer): la *Silva de varia lección* y los *Diálogos*. De ambos trabajos tuvo a cargo ediciones impecables pero de muy distinta índole a la cervantina. Aquí el comentario ocupa un lugar decisivo, en el contexto del rescate de un texto cuya vigencia literaria ha sido puesta en tela de juicio,



quizás con motivo. Pero esa atención a Mexía – a este Mexía, y no el hombre de corte y de poder – denota un valor caballeresco (la *virtus* del objeto de estudio que interfiere y que se imbrica con el quehacer del crítico) modélico. Corresponde a aquella búsqueda de lo marginal, de lo novedoso, de lo diverso: de aquel aire del Renacimiento, de Renacimiento hispánico en especial, en el marco del común contexto europeo.

Aquí encontramos esa extraordinaria índole de Isaías Lerner, de hombre académico respetado y aclamado, y podemos interpretarlo como figura libre de todo uniformismo, que supo conciliar la senda de los estudios que recibió de una tradición prestigiosa en el campo de la lingüística (en el sendero trazado por Angel Rosenblat, como se muestra en el estudio primerizo sobre *Arcaísmos léxicos del español de América*), con aquellas libertades intelectuales que encontramos en sus lecturas de Cervantes, en el trasfondo de una visión del mundo atraída por la alteridad¹.

BIBLIOGRAFÍA

Cervantes, M. de, 1969, *El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha*, Edición, texto, notas e índices de I. L. y C. Sabor de Cortázar, Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA), Buenos Aires.

Ercilla, A. de, 2009, *La Araucana*, Quinta edición corregida y revisada por I. L., Cátedra, Madrid.

Lerner I., 2005, *Lecturas de Cervantes*, Universidad de Málaga, Málaga.

Lerner I., 1970, *Arcaísmos léxicos del español de América*, Universidad de Illinois, Urbana.

Mexía P., 2003, *Silva de varia lección*, Edición, prólogo, texto, notas e índices de I. L., Castalia, Madrid.

Mexía P., 2006, *Diálogos (1547)*, ed. de I. L. (en colaboración con Rafael Malpartida), Fundación José Manuel Lara, Clásicos Andaluces, Sevilla.

¹ Recordemos que un sustancioso libro de homenaje recoge escritos significativos de amigos y alumnos de su magisterio: *Silva: Studia Philologica in honorem Isaías Lerner*, Madrid, Castalia, 2001.